***Julián Marías***

**¿Cómo pudo ocurrir?\***

A mediados de julio de 1936 se desencadenó en España una guerra civil que duró hasta el 1 de abril de 1939, cuyo espíritu y consecuencias habían de pro longarse durante muchos años más. Este es el gran suceso dramático de la histo ria de España en el siglo XX, cuya gravitación ha sido inmensa durante cuatro decenios, que no está enteramente liquidado. Hay que añadir que apasionó al mundo como ningún otro acontecimiento comparable. La bibliografía sobre la guerra civil española es sólo un indicio de la conmoción que causó en Europa y América.

Ese apasionamiento, y la perduración de sus consecuencias interiores y ex teriores, ha perturbado su comprensión: el partidismo, directo o en forma de simpatía o antipatía -el «tomar partido» desde fuera-, ha desfigurado constan temente la realidad de la guerra y su desarrollo; últimamente se va abriendo ca mino una investigación más documentada y veraz, y empiezan a aclararse mu chos cosas: nos vamos aproximando a saber *qué pasó.* Pero para mí persiste una interrogante que me atormentó desde el comienzo mismo de la guerra civil, cuando empecé a padecerla, recién cumplidos los veintidós años: *¿cómo pudo ocurrir?* Que algo sea cierto no quiere decir que fuese verosímil. Sabemos que esa guerra sucedió, con los rasgos que se van dibujando con suficiente precisión; pero queda en pie el hecho enorme de que muy pocos años antes era entera mente imprevisible, que a nadie se le hubiera pasado por la cabeza, incluso des pués de proclamada la República, que España pudiese dividirse en una guerra interior y destrozarse implacablemente durante tres años, y adoptar ese esque ma de interpretación de sí misma durante varios decenios más. ¿Cómo fue posi ble? Alguna vez he recordado que mi primer comentario, cuando vi que se tra taba de una guerra civil y no otra cosa -golpe de Estado, pronunciamiento, in-

\* Dado el extraordinario interés que reviste el siguiente texto, ya editado, de Julián Marías, nos parece un óptimo preámbulo al contenido de este número.

*Cuenta y Razón,* núm. 21 Septiembre-Diciembre 1985

surrección, etc.-, fue este: ¡Señor, qué exageración! Me parecía, y me ha pareci do siempre, algo *desmesurado* por comparación con sus motivos, con lo que se ventilaba, con los beneficios que nadie podía esperar. En otras palabras, una *anormalidad social,* que había de resultar una anormalidad histórica. De ahí mi hostilidad primaria *contra la guerra,* mi evidencia de que ella era el primer ene migo, mucho más que cualquiera de los beligerantes; y entre ellos, naturalmen te, me parecía más culpable el que la había decidido y desencadenado, el que en definitiva la había *querido,* aunque ello no eximiese enteramente de culpas al que la había disimulado y provocado, al que tal vez, en el fondo, la había desea do. Y, por supuesto, mi repulsa iba, dentro de cada bando, a aquellas fracciones que habían contribuido más a que se llegase a la guerra, a las que eran sus prin cipales promotoras, a las que la aprovecharon y mantuvieron -en la victoria o en la derrota- su continuación en una u otra forma.

La única manera de que la guerra civil quede absolutamente superada es que sea plenamente *entendida,* que se vea cómo y por qué llegó a producirse, que se tenga clara conciencia del proceso por el cual se produjo esa anormali dad social que desvió nuestra trayectoria histórica. Sólo así quedaría la guerra radicalmente curada, quiero decir en su raíz, y no habría peligro de recaídas en un proceso análogo: únicamente esa claridad, difícil de conseguir, podría con vertir en *vacuna para* el futuro aquella atroz dolencia que sacudió el cuerpo so cial de España.

Habría que preguntarse *desde cuándo* empieza a deslizarse en la mente de los españoles la idea de la radical discordia que condujo a la guerra. Y entiendo por discordia no la discrepancia, ni el enfrentamiento, ni siquiera la lucha, sino la voluntad de *no convivir,* la consideración del «otro» como inaceptable, into lerable, insoportable. Creo que el primer germen surgió con el lamentable epi sodio de la quema de conventos el 11 de mayo de 1931, cuando la República no había cumplido aún un mes. Turbio suceso, cuyos orígenes nunca se han acla rado, sin duda extremadamente minoritario y que en modo alguno reflejaba un estado de opinión; pero la reacción del Gobierno fue absolutamente inadecua da, hecha de inhibición, temor y *respeto a lo despreciable* -clave de tantas con ductas sucias en la historia-; y, por su parte, un núcleo de una muy vaga «dere cha», que ya no era monárquica y todavía no era fascista, identificó la República con ese oscuro y equívoco suceso, y se declaró *irreconciliable* con ella. Es eviden te que los gobiernos republicanos -y no digamos los partidos- cometieron mu chos errores, pero aunque la única falta del nuevo régimen hubiese sido el 11 de mayo, una porción considerable del país no lo hubiese perdonado nunca, le ha bría negado sistemáticamente el pan y la sal, sin otra esperanza que su destruc ción. «Cuanto peor, mejon>, fue la consigna que se acuñó por entonces, y que val dría la pena datar con precisión.

Del otro lado, empieza a producirse desde muy pronto un fenómeno de «an-

tipatía» que sustituye rápidamente a la euforia inicial de la República; se inicia una actitud negativa, que bjusca, más que reformas, el *hostigamiento* del «otro», arbitrariamente unificado por la enemistad. Esta operación -primariamente mental y verbal- se hace de¡sde dos puntos de vista que se irán haciendo conver gentes: el *clasismo* y el *ar^iclericalismo.* Sobre este último hay que decir una palabra. El Diccionario de la Lengua Española define la voz «anticlerical»: «Contrario al clericalismo»; pero en el Suplemento a la edición de 1970 se aña de una segunda acepción: «Contrario al clero». El primer anticlericalismo pue de ser muy justificado, y lp han sentido innumerables católicos; el segundo es otra cosa, de más difícil justificación, y desempeñó un papel decisivo en la polí tica de la época republicana. Grupos políticos bastante grandes se dedican muy especialmente a *irritar* á una considerable porción del país, a producirle inco modidad, a enajenarla y excluirla lo más posible de la empresa colectiva que hubiera debido ser abarcadura y sin exclusiones.

Con todo, nada de estp era todavía *discordia.* El levantamiento del 10 de agosto de 1932 contra la RÍepública fue asunto de pequeños grupos desconten tos y sin respaldo en el país; las insurrecciones anarcosindicalistas del año si guiente también eran fenqmenos minoritarios y locales. Todo ello provocaba una repulsa más o menos enérgica en el torso de la nación, y por eso tenía esca sa gravedad.

A mi juicio, lo más peligroso fue el ingreso sucesivo de porciones del cuerpo social en lo que se podría llamar *oposición automática.* La función de la oposi ción ha solido entenderse en España de manera elemental y simplista; se ha creído que consiste en oponerse *a todo,* automáticamente. Como la política, cuando es razonable, tiene un amplísimo curso central independiente de las po siciones partidistas, lo normal es que la oposición esté de acuerdo con el gobier no, salvo matices, en la mayor parte de los asuntos; y que el gobierno tenga en cuenta las preferencias -y las razones- de la oposición para suavizar sus propias inclinaciones, e incluso renunciar a una fracción de su poder. En estas condi ciones, la oposición queda restringida a ciertas cuestiones especialmente con-flictivas o a aspectos en que caben dos cursos de acción bien diferenciados; y en esos casos, la oposición adquiere todo su valor. Cuando, por el contrario, es constante, independiente jie los méritos de su gestión o las propuestas, cuando *ya se sabe* que la otra fracción del cuerpo político va a decir desde luego «no» a todo, la oposición viene a ser maniática, apriorista y sin significación concreta; pasa a ser mera fricción, obstáculo y desgaste. Esto ocurrió muy pronto en los años de la República; y se fueron formando grupos que ingresaban en la catego ría de los mutuamente «irreconciliables». Se podría hacer un catálogo de áspe ras críticas de la derecha d la gestión de los primeros gobiernos, no ya a sus fre cuentes errores, sino a sujs mayores aciertos, por ejemplo, en el campo de la educación: nunca hubo u$ aplauso de los partidos o los periódicos adversos. Y por supuesto podría decirle lo mismo de los gobiernos del segundo bienio, des de fines de 1933. Nunca se juzgaba nada por sus méritos objetivos, sino por quién lo hacía; no se salvaba la parte de justificación -o aún de necesidad- de

medidas que podían tener inconvenientes, torpezas o incluso una dosis de in justicia. Se retenía sólo la parte negativa, lo que podría tener de hiriente, de agresión o agravio, y se incubaba en incansable hostilidad. Las medidas de re ducción del Ejéctito de Azaña, el retiro voluntario d|e los militares que así lo so licitaran, con conservación de sus sueldos completos, etc., todo ello podía dis cutirse en su detalle, podía tener una raíz de antimilitarismo o desconfianza en el Ejército, pero tenía indudablemente justificación económica y política; estos aspectos positivos se pasaron por alto -tal vez la única excepción fue Ortega-; unos vieron con alegría la disminución de las fuerzas armadas; estas -y sus sim patizantes- miraron como un agravio lo que habían aceptado voluntariamente; la mayoría de los militares retirados fueron enemigos irreconciliables de la Re pública, y cuando estalló la guerra fueron tratados no ya como adversarios ideológicos, sino como enemigos activos, y se hizo todo lo posible por extermi narlos.

Esta medida-en realidad excesiva e insuficiente a la vez, como la experien cia posterior demostró- no hizo más que condensar y exacerbar un resenti miento que era frecuente entre militares, los cualesj por razones muy comple jas, llevaban mucho tiempo de sentirse «segregados;» del conjunto de la socie dad, «oscuros» por comparación con los estratos más aventajados y brillantes, y sobre todo con la imagen inicial al comienzo de sus jarreras o de que habían go zado en Marruecos. Este resentimiento, unido al o!e muchos intelectuales -a ambos extremos del espectro político- fue un elemento capital en la génesis de la actitud que desembocó en la guerra civil.

Nada de esto hubiese sido suficiente para romper la concordia si hubiese
existido en España *entusiasmo,* conciencia de una empresa activa, capaz de
arrastrar como un viento a todos los españoles y unirlos a pesar de sus diferen
cias y rencillas. La falta de entusiasmo es el clima en que brota la desintegra
ción; por eso, los que la desean y buscan cultivan ej «desencanto», la «desilu
sión», la «decepción», el «desaliento» y esperan s(is frutos, agrios primeros,
amargos después. ¿No estamos asistiendo al mismo intento, contra toda razón,
desde 19 76? |

La humanidad tiene bastante horror al gris; necesita algo estimulante, inci tante, atractivo. La República -sobre todo la palabra «República»- suscitó una oleada de entusiasmo, pero los republicanos fueron incapaces de mantenerlo. Sus partidos eran excesivamente «burgueses» (en el mal sentido de la palabra, quiero decir prosaicos); eran también arcaicos, dependientes del siglo XIX, las trados de viejos tópicos: anticlericalismo, vago federalismo, afición a las socie dades secretas, un tipo de «liberalismo» rancio, negativo y casi reducido a des confianza del Estado, en una época en que la marea ascendente de su culto era a un tiempo el peligro más grave y la fuerza que había bue orientar y aprovechar. Era imposible que los jóvenes se entusiasmaran por Ips partidos republicanos, y

el republicanismo se encontró *sin porvenir* desde el primer día. Faltó una retó rica inteligente y atractiva hacia la libertad, y su puesto vacío fue ocupado por los extremismos, por la torpeza y la violencia, donde los jóvenes creían encon trar, por lo menos, pasión.

Ni siquiera las posiciones toscamente «izquierdistas» o «derechistas» logra ron encender el entusiasmo mientras se mantuvieron en el área de la *lucha polí tica* y dentro de los supuestos democráticos. Los dos grandes partidos, los que de hecho llevaron las riendas del poder sucesivamente, fueron el socialista y la CEDA. Los dos resultaron «aburridos», poco incitantes, «administrativos»; tu vieron mayorías -relativas- mecánicas, debidas sobre todo a la cosecha de hos tilidades de signo contrario, pero sin vigor propio.

El partido socialista fue combatido ferozmente *desde dentro,* con una viru lencia que los que no lo vieron no pueden imaginar, por el ala cuya expresión fue el diario *Claridad.* Es decir, por un «socialismo» utópico y revolucionario, que desembocaba directamente en el comunismo -las Juventudes Socialistas Unificadas fueron el «ensayo general con todo» de la operación en curso-, hos til a la democracia, a los aliados «burgueses», fiado en la violencia, con progra mas inaceptables por *todos los demás* y, lo que es más, irrealizables en las cir cunstancias españolas.

En cuanto a las «derechas democráticas», fueron despreciadas por las más violentas, combativas y expeditivas, que tenían algún lirismo y capacidad de arrastre sentimental. Estos grupos más o menos «fascistas» eran minúsculos, pero tenían una ventaja inicial: eran *juveniles,* compuestos de estudiantes, fa miliarizados con la literatura, la poesía, los símbolos. Inclinados -como sus enemigos más opuestos-ai estilo «militan) (si se prefiere, «militante»): himnos y banderas más que ficheros y estadísticas.

En Europa, no se olvide, lo *civil ha* solido ser «gris», neutro, negativo (lo que *no* es militar ni eclesiástico), y esto ha determinado una pérdida de atractivo, un tremendo prosaísmo que ha sido el tono de la República francesa y de la alema na de Weimar (Max Scheler se dio cuenta perspicazmente de esto, y hay que poner en la cuenta de ese gris buena parte del éxito de las camisas rojas, negras, pardas o azules). No se ha sabido casi nunca -en España, en 1931, desde luego no se supo- crear una imagen afirmativa y atractiva de la condición civil (y civi lizada), de la libertad y la convivencia; tal vez sólo durante el liberalismo ro mántico, inspirado por una buena retórica eficaz y por la doble imagen de la be lla reina regente María Cristina y la reina niña Isabel II.

Añádanse ahora -ahora, y no antes, porque no fueron decisivos- los proble mas *económicos,* muy reales en el quinquenio que duró la República. Mientras la Dictadura de Primo de Rivera (1923-29) se había beneficiado de la *prosperi-íy,* de la bonanza económica que parecía ilimitada y segura, la República vino a los dos años del comienzo de la *depresión* de 1929, precisamente cuando sus efectos se hicieron sentir en Europa (y provocaron una feroz crisis, que había de ser *otra* de las causas del triunfo de Hitler a comienzos de 1933). Europa era bastante pobre; España lo era resueltamente; la mayor parte de la población

-campesinos, obreros, clases medias urbanas- vivía con estrechez que los jóve
nes de medio siglo después ni siquiera imaginan; la moderadísima elevación de
precios afectó a la mayoría de la población, que carecía de holgura y de reser
vas; el paro se intensificó (el paro de entonces, sin seguridad social, sin el menor
ingreso, que significaba la pobreza y aun la miseria, en ocasiones el hambre); las
huelgas constantes aumentaron la crisis económica, mermaron la ya escasa ri
queza, desalentaron la inversión, aumentaron el pak> previo, desarticularon la
economía; una reforma agraria demagógica y poco inteligente agravó la situa
ción del campo. Los extremos del espectro político no sintieron esta crisis, más
bien la fomentaron: unos, porque el malestar fomentaba el descontento, y con
él el espíritu revolucionario, que el bienestar hubiese mitigado o desvanecido;
los otros, por una profunda y egoísta insolidaridad, por una esperanza de que el
malestar económico y social impidiese la consolidación de la República, fieles
al lema de «cuanto peor, mejor». i

Se dirá que todo esto era muy grave y hacía presagiar una descomposición del cuerpo social; pero, a pesar de su importancia, e!staba todavía muy lejos de la atroz realidad que es una guerra civil. Se avanzó a ella por sus pasos, muy rá pidos ciertamente. El primero, *la politización,* extendida progresivamente a es tratos sociales muy amplios, es decir, la primacía de lo político, de manera que todos los demás aspectos quedaban oscurecidos: lo iúnico que importaba saber de un hombre, una mujer, un libro, una empresa, una propuesta, era si era de «derechas» o de «izquierdas», y la reacción era automática. La política se ade lantó desde el lugar secundario que le pertenece hasta el primer plano, dominó el horizonte, eclipsó toda otra consideración. Ello produjo, en un momento de esplendor intelectual como pocos en toda la histori^ española, una retracción de la inteligencia *pública,* un pavoroso angostamie|nto por vía de simplifica ción: la infinita variedad de lo real quedó, para muchos, reducida a meros rótu los o etiquetas, destinados a desencadenar reflejos automáticos, elementales, toscos. Se produjo una tendencia a la abstracción, a 1^ deshumanización, condi ción necesaria de la violencia generalizada.

En una gran porción de España se engendra un estado de ánimo que podría mos definir como *horror ante la pérdida de la imagen habitual de España:* rup tura de la unidad (que se siente amenazada por regionalismos, nacionalismos y separatismos, sin distinción clara); pérdida de la condición de «país católico» -aunque el catolicismo de muchos que se horrorizaban fuese vacuo o deficien te-; perturbación violenta de los usos, incluso lingüísticos, del entramado que hace la vida familiar, inteligible, cómoda.

Frente a este horror, el mito de la «revolución», la imposición del esquema «proletario-burgués», la intranquilidad, la amenaza, el anuncio de «deshaucio» inminente -si vale la expresión- de todas las formas <jle vida, estilos o clases que no encajasen en el esquema convencional. Los españoles menores de sesenta

años -y muchos mayores- deberían pasar algunas horas leyendo los periódicos de aquellos años, desde *La Nación* y *ABC* hasta *Claridad* y *Mundo Obrero,* sin olvidar demasiado *El Debate, El Socialista,* algunas revistas y, naturalmente, los periódicos de otras ciudades que no fuesen Madrid.

Añádase a esto el mimetismo de movimientos políticos extranjeros, la pode rosa acción de los estímulos totalitarios: el comunismo de un lado, cuyo influjo va mucho más allá del minúsculo partido que usaba ese nombre, y se ejerce so bre todo dentro del partido socialista y de los sindicatos; el «fascismo» del otro lado, como término genérico, mucho más peligroso en su vertiente alemana que en la italiana (desde 1933, Mussolini irá a remolque de Hitler, y es el año en que se consolidan en España las tendencias que rara vez se denominarán «fas cistas» por los que las defienden, pero sí «nacionalsindicalistas», de tan clara resonancia «nacionalsocialista»).

¿No había otra cosa? Sí. Por una parte, grupos que buscan la «originalidad» en posiciones arbitrarias y arcaicas: carlismo, anarquismo. Por otra, los que in tentan defender una «democracia» que resulta débil por varias razones: por la figura borrosa de las llamadas «potencias democráticas» (Francia, Inglaterra), llenas de temor ante los Estados totalitarios, vacilantes, con poca generosidad y gallardía, oscilantes entre tendencias extremadamente reaccionarias y la acep tación de cualquier tipo de «Frente popular»; por el triunfo en todas ellas de un *parlamentarismo* excesivo, que impide a un poder ejecutivo fuerte enfrentarse con los problemas, y las expone a la dictadura; finalmente, por la política de concesiones que, antes y después de la guerra civil española, las llevará a una política *reactiva,* sin iniciativa y que desembocó en la segunda guerra mundial.

Yo añadiría todavía un factor más, que me parece decisivo para explicar la ruptura de la convivencia y finalmente la guerra civil: la *pereza.* Pereza, sobre todo, para pensar, para buscar soluciones inteligentes a los problemas; para imaginar a los demás, ponerse en su punto de vista, comprender su parte de ra zón o sus temores. Más aún, para *realizar* en continuidad las acciones necesa rias para resolver o paliar esos problemas, para poner en marcha una empresa atractiva, ilusionante, incitante. Era más fácil la magia, las soluciones verbales, que dispensan de pensar y actuar. En vez de pensar, *echar por la calle de enme-dio.* Es decir, o los cuarteles o la revolución proletaria, todo ello según su receta. En otras palabras, las vacaciones de la inteligencia y el esfuerzo.

No se puede entender la situación española del cuarto decenio de este siglo si se la aisla del conjunto de la europea. En 1931, según mis cálculos, se produce un cambio generacional; es el momento en que «llega al Poder» la generación de 1886 (los nacidos entre 1879 y 1893), y la de 1871 (en España, la llamada del 98) pasa a la «reserva», aunque conserve considerable influjo y prestigio. Es el punto en que se inicia *en toda Europa* el fenómeno de la politización, y con él la propensión a la violencia. No hay más que ver en una cronología detallada la

serie de los sucesos en los años inmediatamente anteriores y posteriores a 1931 para ver cómo cambian de cariz, de fisonomía. Coniúenza a perderse el respeto a la vida humana. Ese periodo generacional, que se ^xtiende hasta 1946, es una de las más atroces concentraciones de violencia de la historia, y en ese marco hay que entender la guerra civil española.

Pero -se dirá- en otros países no se llegó a tanto. La guerra mundial fue otra cosa, no propiamente una «discordia», una crisis eje la convivencia. Además, muy probablemente fue «estimulada» por la guerr^ civil de España, que fun cionó a un tiempo como «cebo» y «ensayo». Todo esto es cierto, pero la conse cuencia que de estas consideraciones hay que extrabr es que en la guerra civil hubo un decisivo elemento de *azar;* que, contra lo que se ha dicho con insisten cia, *no fue necesaria, no fue inevitable.* Creo, por el Contrario, que la guerra ci vil hubiera podido evitarse *de varias maneras,* quejhabía más de una salida a una situación sin duda difícil y peligrosa.

La guerra fue consecuencia de una ingente *frivolidad.* Esta me parece la pa labra decisiva. Los políticos españoles, apenas sin excepción, la mayor parte de las figuras representativas de la Iglesia, un número crecidísimo de los que se consideraban «intelectuales» (y desde luego de los periodistas), la mayoría de los económicamente poderosos (banqueros, empresarios, grandes propieta rios), los dirigentes de sindicatos, se dedicaron *& jugar* con las materias más gra ves, sin el menor sentido de responsabilidad, sin imaginar las consecuencias de lo que hacían, decían u omitían. La lectura de los periódicos, de algunas revis tas «teóricas», reducidas a mera política, de las sesiones de las Cortes, de pasto rales y proclamas de huelga, escalofría por su falta de sentido de la realidad, por su incapacidad de tener en cuenta a los'demás, ni siquiera como enemigos *rea les,* no como etiquetas abstractas o mascarones de proa.

Y todo esto ocurría en un momento de increíble esplendor intelectual, en el cual se habían dado cita en España unas cuantas de las cabezas más claras, pers picaces y responsables de toda nuestra historia. Lo cual hace más grave el hecho escandaloso de que no fueran escuchadas, de que fueran deliberada, cínicamen te desatendidas por los que tenían dotes intelectuales, y por tanto deberes en en ese capítulo.

Los años de la República estuvieron dominados por la falta.de imaginación, la incapacidad de prever, de anticipar las consecuencias, de proyectar un poco lejos. No se llegó a aceptar las reglas de la democraci^, se declaró una vez y otra -por la derecha y por la izquierda- que sólo se aceptaban sus resultados si eran favorables; unos y otros estuvieron dispuestos a enmendar por la fuerza la deci sión de las urnas, sin darse cuenta de que eso destruía toda posibilidad política normal y anulaba la gran virtud de la democracia: la de rectificarse a sí misma. El 10 de agosto de 1932 fue el primer síntoma de esa Actitud, que tuvo su corre lato en los levantamientos anarquistas del año siguiente; pero la irresponsabili dad máxima fue la insurrección del partido socialista!en octubre de 1934, apro vechada por los catalanistas, que llevó a la destrucción de una democracia efi caz y del concepto mismo de autonomía regional. Se negó entonces la validez

del sufragio, la Constitución y el Estatuto de Cataluña -parte de la estrutura ju rídica de la República española-, todo en una pieza. La democracia quedó heri da de muerte. Los gobiernos de esta segunda etapa, lejos de tratar de enmendar lo que les parecía peligroso para la nación o para la religión en la legislatura del bienio anterior -como habían dicho en su propaganda-, prefirieron dedicarse a restablecer egoístamente pequeñas ventajas económicas para sus clientelas, con asombrosa insolidaridad y miopía, que llevaron a la disolución de Cortes, las elecciones de febrero de 1936, el triunfo en ellas del Frente Popular y, poco des pués, la guerra civil.

Pero, ¿puede decirse que estos políticos, estos partidos, estos votantes *que rían la guerra civiH* Creo que no, que casi nadie *español* la quiso. Entonces, ¿cómo fue posible? Lo grave es que *muchos españoles quisieron lo que resultó ser una guerra civil.* Quisieron: *a)* Dividir al país en dos bandos, *b)* Identificar al «otro» con el mal. *c)* No tenerlo en cuenta, ni siquiera como peligro real, como adversario eficaz, *d)* Eliminarlo, *quitarlo de enmedio* (políticamente, física mente si era necesario).

Se dirá que esto es una locura. Efectivamente, lo era (y no faltaron los que se dieron cuenta entonces, y a pesar de mi mucha juventud, puedo contarme en su número). La locura puede tener causas orgánicas, puede ser efecto de una le sión; o bien psíquicas; pero también puede tener un origen *biográfico,* sin anor malidad fisiológica ni psíquica. Si trasladamos esto a la vida colectiva, encon tramos la posibilidad de la *locura colectiva* o social, de la *locura histórica.* (El irán, en el momento en que escribo, es un estupendo ejemplo de ello, y no es el único). Sin recurrir a esta idea, ¿puede entenderse el triunfo del nacionalsocia lismo en Alemania, los doce años de historia que van de 1933 a 1945? La Revo lución rusa fue otra cosa: locura lúcida de una exigua minoría, operando *in ani ma vili* sobre un inmenso cuerpo social de «almas muertas», inertes.

Conviene recordar que la situación española en el primer tercio del siglo ha bía sido de promesa constante, en gran parte realizada. Desde el desastre del 98, la sociedad española había despegado económicamente (con la ayuda de la neutralidad durante la primera guerra mundial), y su pobreza se había mitiga do; las Universidades habían mejorado más de lo que se hubiera podido espe rar, y todo el sistema de la instrucción experimentó un avance extraordinario con la República. Desde el punto de vista de la cultura superior-filosofía, lite ratura, arte, investigación-, se había entrado en un siglo de oro. Las esperanzas de un joven de mi generación eran ilimitadas, y la República, entendida positi vamente, fue el símbolo de la apertura, de la dilatación de la vida, del ejercicio de la libertad. La España estudiada e interpretada por Unamuno, Menéndez Pi-dal, Gómez Moreno, Asín Palacios, Ortega y los historiadores y filólogos más jóvenes; imaginada y recreada literariamente por Azorín, Baroja, Valle-Incíán, los Machado, Miró, Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna, Salinas, Guillen y los poetas «del 27»; pintada por Regoyos, Zuloaga, Solana, Palencia; la que tenía, un poco lejos, a Picasso y a otros cuantos; la que había empezado a investigar-en escasa medida, pero tan bien como cualquiera- con Cajal, Cabré-

*mr* Palacios, Catalán; la que había creado, por primera vez desde hacía tres si glos, una filosofía original y un comienzo de escuela sin adanismo -Ortega, Mo-reete, Zubiri,, Gaos-, esa España, en tantos sentidos incomparable con todas las anteriores desde mediados del siglo XVII, desde Quevjedb y Calderón, fue la que de repente fue negada *a medías* por fracciones que nji siquiera poseían ni rete nían la mitad de lo que pretendían defender. De esa España nos despojaron a ios españoles -y a nuestros hijos no nacidos- los quej quisieron la guerra (o no les importó dejarla llegar), los que fueron internamente beligerantes en 1936.

Falta todavía examinar una cuestión delicada: cómo se llegó a imponer a una gran parte de la sociedad española lo que inicialmente no creía ni pensaba ni quería, cómo se disminuyeron sus defensas, para llevarla adonde no quería ir. He insistido en el carácter no ya minoritario sino! exiguo de los grupos que habían de resultar representativos y decisivos durante la guerra civil. Conviene tener presente que los comunistas sólo consiguieron *kin* diputado en las Cortes de 1931, *otro* en las de 1933, *dieciséis* (con los votos republicanos y socialistas) en las de 1936. En cuanto a los falangistas, *nunca* pudieron elegir un solo dipu tado, ya que José Antonio Primo de Rivera fue elegido en 1931 como candidato de una coalición de derechas, dos años antes de la fundación de Falange Espa ñola. Lo cual no impidió que el Partido Comunista fuese el principal rector de la política en la zona «republicana» y que Falange fíjese el «partido único» en la «nacional» y en los decenios que siguieron a su victoria.

El proceso que se lleva a cabo entre los años 31 yi 36 (y-, si se quiere mayor
precisión, de 1934 a 1936) consiste en la *escisión del cuerpo social* mediante
una tracción continuada, ejercida desde sus dos extremos. Ese torso de la socie
dad, que poco o nada tenía que ver con esos grupos extremistas, en lugar de re
chazar sus pretensiones, desentenderse de ellos y dejadlos fuera del juego políti
co (reducirlos a lo que en inglés se llama *the lunatic frínge,* «el fleco demen-
cial»), *se dejó dividir,* siguió, con mayor o menor docilidad, a los dos fragmentos
que «o *querían con vivir* con los demás. i

¿Cómo se ejerció -y se ejerce casi siempre- esa tracción? Mediante una for ma de sofisma que consiste en la *reiteración de alg¿> que se da por supuesto.* Cuando los medios de comunicación proporcionan una interpretación de las cosas que ni se justifica ni se discute, y *parten* de ell^ una vez y otra como de algo obvio, que no requiere prueba, que, por el contrario, se usa como base para discusiones, diferencias y hasta polémicas, los que reciben esa interpretación se encuentran desde el primer momento *más allá* de e|la, envueltos en análisis, procesos o disputas que precisamente implican su previa aceptación. Todas esas discusiones, que no se rehuyen, sino se fomentan, tienen justamente la mi sión de *distraer* de esa aceptación que se ha deslizado fraudulentamente y sin critica, por un simple mecanismo de repetición y utilización como base de toda discusión ulterior. Los dos elementos (repetición y utilización) son esenciales;

el primero produce una especie de «anestesia» o de efecto «hipnótico»; el se gundo «pone a prueba» la tesis que interesa, de una manera sumamente curio sa, que no es probarla, demostrarla o justificarla, sino *hacerla funcionar.* Se so brentiende que su *funcionamientoes prueba de su verdad.* Si con esta idea como guía se hiciese un examen atento de lo que se dijo en España durante los dos años anteriores a la guerra civil por parte de los que habían de ser sus inspirado res y conductores, me atrevo a asegurar que se aclararía una enorme porción de aquel complicado proceso histórico. (Y si con el mismo método se echase una ojeada a la situación actual, probablemente se obtendría claridad suficiente para evitar en el futuro .diversos males cuya amenaza es demasiado evidente).

La única defensa de la sociedad ante ese tipo de manipulaciones es respon der con el viejo principio de la lógica escolástica: *negó suppositum,* niego el su puesto. Si se entra en la discusión, dejándose el supuesto a la espalda, dándolo por válido sin examen, se está perdido. Es muy difícil que el hombre o la mujer de escasos hábitos intelectuales, acostumbrados a la *recepción* de ideas más que a su elaboración y formulación, se den cuenta de que están siendo objeto de esa manipulación; sobre todo cuando el «supuesto» que se desliza es negativo, es decir, consiste en una omisión. (Si se quiere un ejemplo notorio y reciente, re cuérdese la eliminación o escamoteo de la palabra «nación» en el anteproyecto de Constitución española que se hizo público a comienzos de enero de 1978; re mito a mis artículos de ese mismo mes, recogidos en *España en nuestras ma nos.)*

De ahí la necesidad de un pensamiento alerta, capaz de *descubrir* las mani pulaciones, los sofismas, especialmente los que no consisten en un raciocinio falaz, sino en *viciar todo raciocinio* de antemano. Esta es la función *política* que puede esperarse de los intelectuales; es decir, que sean intelectuales y no políti cos, que se ajusten a los deberes de su gremio y adviertan al país cuándo no se hace. ¿Faltó esto en los años que precedieron a la guerra civil? ¿No era una épo ca en que los intelectuales gozaban de gran prestigio, npjiabía entre ellos unos cuantos eminentes y de absoluta probidad intelectual? Ciertamente los había; pero encontraron demasiadas dificultades, se les opuso una espesa cortina de resistencia o difamación, funcionó el partidismo para oírlos «como quien oye lloveD>; llegó un momento en que una parte demasiado grande del pueblo espa ñol *decidió no escuchar,* con lo cual entró en el sonambulismo y marchó, inde fenso o fanatizado, a su perdición. Tengo la sospecha -la tuve desde entonces-de que los intelectuales responsables se desalentaron demasiado pronto. ¿De masiado pronto -se dirá-, con todo lo que resistieron? Sí, porque siempre es de masiado pronto para ceder y abandonar el campo a los que no tienen razón.

He intentado hacer comprensible cómo se pudo llegar a la guerra civil, cómo se fue simplificando la realidad española, reduciéndola a esquemas, pola rizándolos, con virtiéndolos en algo abstracto, algo que se puede *odiar sin* que la

humanidad concreta se interponga y mitigue el odio; cómo se manipuló hábil mente al pueblo español desde dos extremos profesionalizados, con ayuda de la torpeza y falta de estilo de las soluciones más civilizadas y razonables, que fue ron perdiendo atractivo y eficacia. Larga serie de errores, el último de los cuales fue... la guerra.

La verdad es que nadie contaba con ella. Los que la promovieron más direc tamente creían que se iba a reducir a un golpe de Ektado, a una operación mili tar sencillísima, estimulada y apoyada por un núcleo político que serviría de puente entre el ejército victorioso y el país. Los qu¿ llevaban muchos meses de provocación y hostigamiento, los que habían incitado a los militares y a los par tidos de derechas a sublevarse, tenían la esperanza de que ello fuese la gran oca sión esperada para acabar con la «democracia formal», los escrúpulos jurídicos, la «república burguesa», y lanzarse a la deseada revolución social (lo malo es que dentro de ese propósito latían dos distintas, qu^ habían de desgarrarse mu tuamente poco después).

Todos sabemos que las cosas no sucedieron así. La sublevación fracasó; el intento de sublevarla, también. *La prolongación de los dos fracasos, sin rectifi cación ni arrepentimiento, fue la guerra civil.*

Si se la mira desde este punto de vista, creo que se puede comprender mejor su desarrollo. Lo primero que hay que decir-porque es lo más grave, lo diferen cial de esta guerra- es que en ella *lo de menos fue la\ guerra.* Las víctimas de ella fueron secundariamente las bajas militares; lo decisivo fueron los bombardeos y, sobre todo, los asesinatos (con o sin ficción de ejecución legal). Es decir, la lu cha fue, más que contra la «zona» enemiga, contra los enemigos de la propia «zona»; y no contra los que ejercían actos de hostilidad, agresión o espionaje, sino contra los que se consideraban «desafectos» a una ortodoxia política defi nida arbitraria y estrechamente; y esta condición era *previa* a toda conducta concreta, inherente a la persona e irremediable. Las personas pertenecientes a ciertas categorías-filiaciones políticas o incluso profesiones- no tenían escape; estaban perdidas, hicieran lo que hicieran; su única salvación era la huida o el ocultamiento.

En la zona que se llamó «nacional» y fue llamada por sus enemigos «faccio sa», todo el que no se sumó al «movimiento» fue {perseguido, normalmente (y desde luego en el caso de los militares) por *rebelión.* Esta persecución se exten día a todos los afiliados a partidos del Frente Popular, pero no estaban seguros los radicales, ni los pertenecientes a la CEDA, ni los maestros, ni, por supuesto, ios masones. En la zona «republicana» («roja» pafa los enemigos), solamente los partidos del Frente Popular eran aceptados (los republicanos, meramente tolerados); todos los demás, aunque fuesen republicanos históricos, eran perse-gudos; los falangistas, sin la menor esperanza de salvación; los sacerdotes, reli giosos, monjas, etc., si no se escondían a tiempo eran exterminados. En ambas zonas, todos los que no eran incondicionales eran sospechosos.

Las «depuraciones» dejaron sin puestos de trabajo a millares de persons a las que se consideraba «desafectas», aunque no hubiesen cometido ningún acto

delictivo ni hostil; y la depuración hacía ingresar inmediatamente en la catego ría de los sospechosos, sometidos a vejaciones y peligros. La condición de mili tar retirado en una zona, de dirigente sindical en la otra, significaba el encarce lamiento y, con bastante probabilidad, la muerte. Por supuesto, en la zona re publicana, con la excepción del País Vasco, todo culto religioso fue prohibido, y los incendios de iglesias y conventos fueron frecuentísimos, en muchos casos realizados sistemáticamente. En toda España se constituyeron tribunales («de guerra» o «populares») sin la menor garantía jurídica y de particular ferocidad; estaban compuestos, en un caso, por representantes de todos ios partidos del Frente Popular y de las organizaciones sindicales; en el otro, por militares y re presentantes políticos. Esto sin contar con las abundantísimas «checas» o sus equivalentes, absolutamente irresponsables, y con las «sacas» de las prisiones, con pretextos de traslados que solían ser al otro mundo.

No me interesa recordar el aspecto más horrible y siniestro de la guerra sino para recordar que fue un universal terrorismo, ejercido no sólo contra los ene migos, sino contra los que se podían considerar neutrales o incluso partidarios no fanáticos o incondicionales, dentro de la propia zona, lo cual significó un chantaje generalizado, que excluía toda crítica y todo matiz de posible disiden cia. Así se llegó a la aceptación *de todo* (incluida la infamia), con tal de que fue se «de un lado».

La consecuencia inevitable fue el envilecimiento. Nadie quería quedarse corto, ser menos que los demás en la adulación de los que mandaban o la exe cración de los adversarios. Esto fue un poco menos compacto en la zona repu blicana, por su falta de disciplina y coherencia, que dejó un estrecho margen de «pluralismo». Esta diferencia puede comprobarse en la actual publicación de los dos ABC: el republicano de Madrid y el franquista de Sevilla. La mentira, como puede verse allí mismo día por día, dominaba en ambos campos por igual.

Esta actitud, unida a la decisión de «pasar por todo», y en ocasiones al fana tismo -no siempre-, llevó a que la inmensa mayoría de lo que se escribió en am bas zonas fuese literalmente vergonzoso. Es aleccionador, pero infinitamente penoso, leer lo que escribieron muchos que tenían pretensiones de intelectua les, literatos, profesores, eclesiásticos, hombres de leyes. Hubo excepciones, sin duda, de decoro literario, nobleza, generosidad y valentía; pero no pasaron de excepciones. En algunos casos, lo lamentable fue simple debilidad y amedren tamiento, y pasada la terrible prueba no siguió formando parte de la personali dad de sus autores; en otros significó una corrupción profunda que llevó hasta la denuncia, el aplauso a los crímenes propios o la calumnia.

Una de las pruebas de ese estado de abyecta sumisión es la feroz irritación que a ambos lados de las trincheras provocó todo aquel que se atrevía a discre par de los dos bandos. La hostilidad máxima se reservaba para los que no se sen tían adscritos a ninguno de los dos beligerantes, no por indiferencia o desinte rés, sino por considerar a ambos inaceptables. El que se atrevía a *resistir a la guerra* era el enemigo de todos, contra el cual todo estaba permitido. Por eso,

tomar esta posición fuera de España -lo más frecuente- significaba desusada valentía; hacerlo dentro era pura y simplemente heroísmo, aunque fuese sin ne gar apoyo y colaboración a una de las causas beligerantes; el ejemplo más emi nente fue el de Julián Besteiro.

Todo lo que he dicho hasta ahora me parece esencial para entender cómo fue posible que se llegara a la guerra civil. Si no se tiene en cuenta, es completa mente ininteligible que un pueblo como el español, de tan larga a ilustre histo ria, creador de una de las tres o cuatro grandes culturas modernas, en un mo mento de esplendor intelectual y literario, sin ningún problema objetivamente grave, no digamos insoluble, al día siguiente de lanzarse con entusiasmo a una nueva fase de su vida, de repente se encontrara con que no podía seguir convi viendo, se llenara de odio y se dedicase al exterminio de sus hermanos durante tres años. Es menester recordar los pasos por los cjue se llegó a una situación *mental colectiva* que tenía muy poco que ver con la realidad; es decir, con la realidad si se omite el estado mental, que naturalmente era parte de la realidad española en 1936. Quiero decir que, lejos de ser la guerra *inevitable,* su origen efectivo no fue la *situación objetiva* de España, sino su *interpretación,* se entien de, el desajuste de *dos* interpretaciones que, por una serie de voluntades y aza res, llegaron a excluir a las demás y oscurecer cuantjo era distinto a ellas. Y esto es, literalmente, una *anormalidad de la vida colectiva,* que algún día podrá diagnosticarse con precisión, cuando se vaya, más allá de la psiquiatría, a una «bioiatría», a un conocimiento de la patología de la *vida biográfica,* individual y social.

Pero la realidad total de la guerra civil no se agota en lo que he dicho. Una vez estallada, una vez iniciada, desde fines de julio de 1936, España estuvo en *estado de guerra.* Esta expresión es particularmente reveladora: la guerra es un «estado», algo en que *se está.* Se vive dentro de la gfierra, en su ámbito. Las co sas se ordenan en otra perspectiva; el tiempo cambi^ de ritmo, emplazamiento, significación; pierden importancia muchas cosas, la adquieren otras; ciertas di mensiones de la vida humana, hasta entonces olvidadas, se ponen en primer plano-por ejemplo, el valor-; se altera el «umbral» de la inquietud, la inseguri dad, el temor; surgen relaciones inesperadas, crueles o fraternales; los indivi duos dan la medida de sí mismos al estar expuestos á tensiones, tentaciones, pe ligros, esfuerzos; se conocen en dimensiones antes ignoradas.

La guerra civil es -se ha dicho mil veces- más cjruel que ninguna otra, más dolorosa, porque introduce la división y el odio entre compatriotas, amigos, hermanos. Su especial intensidad le viene de eso y de que es más *inteligible* -empezando por la lengua del enemigo, pero no sólo la lengua, sino todo el re pertorio de creencias, usos, proyectos, esperanzas-, pl *no entenderse* que lleva a la guerra procede de la distorsión de un *entenderse, demasiado bien,* que no se

da en las guerras internacionales.

'

La guerra civil española estuvo arrimada por uir violento, apasionado *pa triotismo;,* en ambos, lados. He insistido con la máxima energía en los aspectos negativos, en la infinita torpeza, en la eu»lpabiEidíad de los ptornotores de la gue rra, en la anormalidad que la constituyó. Pero una vez «en guerra»,, una vez es tallada y, de momento, inevitable, era menester en alguna medida *lomar parti do,* preferir un beligerante ai otro, aunque los dos pareciesen torpes,, violentos, injustos, condenables. He dicho *preferir;* es la condición de la vida humana; no> se aprueba, tío se estima.,, nwo> apetece,, no gusta necesariamente lo que se prefiere; el que prefiere la operación a la peritonitis no tiene la menor complacencia en lo preferido; el que salta por una veattana para escapar a las llamas no tiene nada a favor del salto: simplemente le parece *el mal men&r.*

*A ambos lados, innumerables españoles sintieron que había gwe combatir para salvar a España;* incluso los **que** pensaban qpe *en todo caso* caminaba ha cia su perdición, creían que uno de los términos del dilema *era preferible,* que el otro era más destructor, o más injusto, o más irremediable o irreversible. Añá dase la propaganda, la retórica bélica, el contagio del entusiasmo positivo de los que lo sentían, el horror hacia las maldades -demasiado ciertas- del enemigo. Al cabo de unos meses, millones de españoles estaban enloquecidos, sin duda, pero llenos de entusiasmo patriótico, dedicados a destruir España por amor de ella.

Especialmente los muy jóvenes, que soportaron más que nadie el peso y el sufrimiento de la guerra; y las mujeres, que sólo en mínima proporción la ha bían *querido,* que la padecían en mil formas; y, en general, las personas senci llas, sin influencia en la vida colectiva, con un mínimo de responsabilidad, su jetos pasivos de todas las manipulaciones. La guerra suscitó la movilización de enérgicas virtudes: la capacidad de sacrificio, la generosidad, la hermandad, la impavidez frente al dolor o la muerte, el heroísmo.

Se puede pensar -se debe pensar- que todo aquello estaba mal empleado, que tal cúmulo de virtudes, tal capacidad de esfuerzo, aplicados a algo inteli gente y constructivo habrían puesto a España en pocos años en la cima de su prosperidad y plenitud, en lugar de dejarla cubierta de escombros, campos aso lados, muertos, mutilados, prisioneros, odiadores y criminales. Pero esto no debe ocultar la evidencia de que los españoles extrajeron de su fondo último una impresionante suma de energía, resistencia y entusiasmo.

Los mitos se acumularon en ambas zonas. La justicia social, la redención del proletariado, la revolución universal, la civilización cristiana, la unidad de la patria desgarrada, el orden, la familia. Poco importa que, en nombre de todo eso, se cometieran atroces violaciones de lo mismo que se pretendía defender. El mito que tuvo más aceptación y cultivo fue el de la *independencia.* La pre sencia de combatientes italianos y alemanes en la zona «nacional», de las briga das internacionales y «consejeros» soviéticos en la «republicana», fueron sufi-

cientes para que se hablase en las dos de «invasión» (la presencia de los moros en el campo «nacional» dio lugar a muy sabrosos comentarios, y obligó a desa rrollar con muchos circunloquios el tema de la «Cruzada»). Al cabo de algún tiempo, la propaganda de ambas zonas hablaba como si algunos españoles, por casualidad, combatiesen en el lado de enfrente, meros «cómplices» de los inva sores extranjeros.

Esto era, como es notorio, una absoluta falsedad, pero servía para oscurecer el hecho cierto e incontrovertible de la *manipulación* de los españoles por los gobiernos de Italia, Alemania y la Unión Soviética, de su influencia decisiva en la génesis de la guerra y en su desarrollo. (Y cuando pasó el peligro, cuando uno de los bandos logró la victoria, cuando ya no fue necesaria *esa* propaganda y convenía más otra, la de la solidaridad totalitaria entre Berlín, Roma y Madrid, sus conexiones durante la guerra fueron proclamadas y aireadas por los vencedores y sus aliados; basta con leer los periódicos de abril y mayo de 1939, las noticias y los comentarios de los que en ellos escribían lo que tal vez prefieren olvidar).

Todo esto funcionó de manera decisiva en el *desenlace* de la guerra. En di versas ocasiones, más entre los republicanos que entre sus enemigos, había ha bido deseos y hasta intentos de terminarla por un convenio o arreglo, por una *paz.* La derrota de los italianos en Brihuega -de la que, si no me engaño, se ale graron incluso muchos españoles de la zona «nacional»- fue un primer mo mento oportuno, pronto frustrado. (La detención del ejército hasta entonces victorioso a las puertas de Madrid hubiera sido la gran ocasión, pero la situa ción global en noviembre de Í936 la hacía imposible.) La toma de Teruel por los republicanos, en el invierno 1937-38, fue quizá la oportunidad más favora ble, pero los partidarios de la paz eran débiles y fueron barridos de ambos lados. Desde poco después, la suerte de la guerra estaba echada: la República estaba derrotada -es decir, lo que quedaba de la República, lo que se seguía llamando así-, y el final era cuestión de tiempo. ¿Sólo de tiempo? De miles de muertes, destrucción, pérdidas, dolor.

Aquí funcionó una vez más el aspecto más repulsivo de todo este proceso. Del lado «republicano» -y nunca más justificadas las comillas dubitativas-, se decidió la prolongación a ultranza de la guerra, aunque estuviese enteramente perdida, porque ese era el interés del «proletariado universal», al cual se podían sacrificar otras cien mil vidas españolas. Del lado «nacional» se inventó la fu nesta fórmula -usada en 1945 por los vencedores de la guerra mundial- *rendi ción sin condiciones,* lo cual quería decir «victoria sin vencidos», sin conservar los como sujeto del otro lado del desenlace de la guerra, destruyerido así lo que esta pueda tener de civilizado. La historia del mes de marzo de 1939, nunca bien contada, de la cual soy quizá el último viviente que tenga conocimiento di recto desde Madrid, es la clave de lo que la guerra fue en última instancia. Un análisis riguroso de lo que sucedió en ese mes, de lo que se hizo y se dijo, arroja ría una luz inesperada sobre los aspectos más significativos de la contienda y so bre las posibilidades-destruídas- de la paz. Tal vez algún día intente presentar mis recuerdos y mis documentos de esas pocas semanas decisivas, que se pue-

den simbolizar en el nombre admirable de Julián Besteiro.

No se entiende el final de la guerra si no se tiene presente que en el lado re publicano, y especialmente en Madrid, había un heroico cansancio, después de dos años y medio de asedio, hambre, frío, bombardeos y cañoneos diarios, con diciones de vida que tal vez ninguna ciudad haya soportado tan estoicamente y durante tanto tiempo. Creo que se llegó a producir una peculiar solidaridad en tre los madrileños, más allá de sus divisiones ideológicas y sociales, de la perse cución que muchos habían 'padecido -ferozmente en los primeros cuatro me ses, con menos encarnizamiento después-; sólo esto explicaría la conducta de los madrileños que se sentían vencedores cuando la guerra terminó, tan supe rior por su generosidad y tolerancia a la del ejército de ocupación que entró en Madrid, sin lucha, el 28 de marzo, y sobre todo a la de los funcionarios políticos que tomaron posesión de la capital en los meses siguientes.

En la zona republicana, además de cansancio había una infinita desilusión. Se sentían burlados, engañados, manipulados, utilizados por los más represen tativos de sus dirigentes. Además, desde el 5 al 28 de marzo *se les había dicho la verdad-caso* único desde julio de 1936 hasta fines de 1975-. Los vencidos se sa bían vencidos, y lo aceptaban en su mayoría con entereza, dignidad y resigna ción; muchos pensaban -o sentían confusamente- que habían merecido la de rrota, aunque esto no significara que los otros hubiesen merecido la victoria. *Los justamente vencidos; los injustamente vencedores.* Esta fórmula, que enun cié muchos años después, que resume en seis palabras mi opinión final sobre la guerra civil, podría traducir, pienso, el *sentimiento* de los que habían sido beli gerantes republicanos.

Sobre este suelo se pudo edificar la paz. Si así se hubiera hecho, si se hubiese establecido una paz con todos los españoles, vencedores y vencidos, distingui dos pero unidos, con papeles diferentes pero igualmente esenciales, al cabo de poco tiempo la guerra hubiese desaparecido tras el horizonte, como el sol po niente, y hubiese quedado una España entera, más allá de la discordia.

No fue así. En lugar de una reconciliación -aunque la dirección de los asun tos públicos hubiera recaído de momento en manos de los vencedores-, se ini ció una *represión* universal, ilimitada y, lo que es más grave, por nadie resistida ni discutida. Se pueden repasar las conductas y las palabras -incluso impresas-de los que entonces gozaban de prestigio e influjo, y cuesta encontrar la más tí mida petición de clemencia, no digamos una defensa, o una repulsa de la repre sión. Y hay que incluir, y muy especialmente, a los que posteriormente se han sentido invadidos de entusiasmo por las tesis y las figuras que implacablemente combatieron hasta después de su derrota.

Un elevadísimo número de españoles tuvieron que abandonar el país; entre ellos se encontraban no pocos de los más eminentes. Cientos de miles pasaron por las prisiones, más o menos tiempo -el suficiente para dejarlos heridos y, en

muchas casos, llenos de perpetuo rencor-; bastantes millares fueron ejecuta dos, en condiciones jurídicamente atroces, y *en* muchos casos por «delitos» que, aun siendo ciertos, hacían monstruosa la sentencia. Se estableció -y en principio para siempre- una distinción entre dos clases de españoles: los «afec tos» y los «desafectos», los que tenían, más que derechos, privilegios, y los que carecían de ambas cosas.

Esto condujo a la perpetuación del *espíritu de guerra,* decenios después de terminada. A esto ayudó sin duda la continuidad de la guerra española con la mundial, el establecimiento de paralelismos./0/sas, pero no por ello menos per turbadores. Se produjo una «fijación» de las posturas, una especie de congela ción, en virtud de la cual muchos decidieron *vivir de las rentas de la guerra.* En tre los vencedores esto podía tener un sentido literal, pero entre los vencidos se dio la misma actitud: una incapacidad de cambiar, de enterarse de lo que pasa ba, de mirar hacia adelante, de vivir el tiempo real. La actitud de «los mal lla mados años» ha hecho que muchos españoles (en la emigración o, lo que es peor, en España) vivan cuatro decenios escasos como si no vivieran, como si aquel tiempo -el de sus vidas- no mereciera llamarse así.

Naturalmente, esto era una engañosa ilusión, un espejismo. *El tiempo, que ni vuelve ni tropieza* -dice un verso de Quevedo, que hace muchos años escogí para título de uno de mis libros-. El tiempo, efectivamente, ni vuelve ni tropie za; pasa, se desliza de entre nuestras manos, constituye nuestra vida. Por debajo de las apariencias, incluso de las realidades oficiales, se ha ido produciendo una fantástica transformación de la sociedad española, tan viva, tan capaz de supe rar todas las pruebas y dificultades. Varias generaciones nuevas han aflorado en nuestro escenario histórico, han ido ocupando su puesto, ensayando su estilo, se han ido esforzando por realizar sus oscuros deseos, sus pretensiones a veces no bien formuladas; lo han hecho con recursos inimaginables antes, que nunca habían poseído los que hicieron o padecieron la guerra; han estado oyendo las viejas palabras de unos y otros, sin acabar de entenderlas, como algo que apenas tiene que ver con la realidad, como un rumor habitual y monótono que impide oir las voces que habría que escuchar. Así fue creciendo la distancia entre la Es paña real y las dos Españas «oficiales» congeladas, petrificadas en los gestos de la beligerancia.

Esta es la situación actual; desde ella hay que volver nuevamente los ojos a la guerra, para recordarla -es decir, llevarla otra vez al corazón- como algo ab solutamente *pasado,* como nuestro pretérito común. *No podemos olvidarla, porque eso nos expondría a repetirla.* Tenemos que ponerla en su lugar, es de cir, *detrás de nosotros,* sin que sea un estorbo que nos impida vivir, esa opera ción que se ejecuta hacia adelante.

Tenemos que eludir el último peligro: que nos vuelvan a contar la guerra desde la otra beligerancia, desde las otras mentiras, ahora que la mitad de ellas había perdido su eficacia y era inoperante. Entre 1936 y 1939 los españoles se dedicaron a hacer la guerra, a intentar ganar la guerra; desde esta última fecha malversaron lo que habían conseguido, no supieron edificar adecuadamente la

paz. Esta es nuestra empresa: darnos cuenta de que necesitamos *vencer a la guerra,* curarnos, sin recaída posible, de esa locura biográfica, es decir, social, que nos acometió hace algo más de cuarenta años, cuya amenaza ha sido tan hábilmente aprovechada para paralizarnos, para frenar el ejercicio de nuestra libertad histórica, la plena posesión de nuestro tiempo, la busca y aceptación de nuestro destino.1

Madrid, Semana Santa de 1980.

J.M.\*

Escritor y catedrático de Filosofía. Miembro de la Real Academia Española.

1 Publicado originalmente en el volumen VI *(Camino para la paz. Los historiadores y la guerra civil)* de la edición ilustrada de *La guerra civil española,* de Hugh Thomas (Ediciones U rbión) y, pos teriormente, en *Cinco años de España,* editado por Espasa Calpe.